



Diseño de Portada y formación: Guadalupe Urbina Martínez.

# **EMPÉDOCLES**

**Enrique González Rojo Arthur**

**2005**

**PARA ALICIA**

## UNA ISLA, UN VOLCÁN, UN DESTINO

### I

Isla acariciada a dos manos  
por mar antiguo,  
añejo,  
de cosechas anteriores a Cristo.  
Olas versificadas por el viento.  
Voces en clave de agua,  
preludios que le pisan los talones  
a sus fugas.  
Acantilados que azotan  
furiosos hexámetros y trocaicos  
de suspirantes sílabas  
cabalgados por las espumas  
del verso blanco.  
Isla rica en valles, cordilleras,  
semen arrojado  
por los éxtasis del mar,  
bosques, lagos,  
y pactos con el cielo  
que atestiguan, efímeras, las nubes  
y rubrican a su paso  
parvadas de gaviotas.





## III

Oh poesía,  
eres el microscopio  
que descubre la ilusión  
de lo invisible,  
sacas de su madriguera lo extraviado  
y nos dibujas en las pupilas  
los contornos insospechados del vacío.

Estás aquí, cabe mis ojos,  
a la vera de mi insomnio inquisitivo,  
y me permites adivinar en esta isla  
(en este manchón de tierra que resiste  
la invasión de los bárbaros  
traficantes de viento,  
de burbujas, de sal)  
las planicies y montañas,  
las ciudades de Siracusa,  
Leontini , la dorada Acragas  
y el volcán y su caja de Pandora,  
con titánicos fuegos apresados...

Al golpe de la nueva estatura  
que anima a lo minúsculo,  
me dejas atisbar  
en puntos que son cuerpos  
y en cuerpos que son hombres,  
cómo el hormiguero de minucias poco a poco  
empieza a demoler sus viejos amores  
con lo imperceptible...

Oh poesía  
eres el vidrio de aumento,  
con su coágulo de agua bendita,  
que embarnece la imagen  
y da su alimento prodigioso  
a los diminutivos.

## IV

## En Agrigento

hay palacios...  
y *también hay cabañas.*

Hay manteles  
en que el mudo, postergado, inminente tintineo de la cristalería  
espera de los brindis  
el impulso indispensable  
para salir a escena.

Variedad infinita de manjares se halla a punto  
de desbordarse de las mesas  
hacia los pequeños precipicios,  
fallecidos de gula,  
que las rodea.  
En el delirante lujo,  
el primer actor,  
dorado, reluciente,  
vigilando su cofre de quilates,  
se encarga de los mejores  
y más largos parlamentos.

*Hay también mendrugos de migajón mentido  
(untados de miel,  
en el acerbo afán de edulcorar  
la penuria),  
que, aunque no pueden engañar al estómago  
-cuidado por su instinto de la guarda-  
a veces confunden a la boca,  
que paladea la mentira,  
como niño con bocado nuevo.*

Hay ropajes de esplendente seda  
Acunada en inmortales gusanos  
(en orfebres de pedazos del cielo)

**acompañados del polifónico grito de las joyas  
que le ponen el finísimo cencerro  
al rebaño aristócrata...**

*Hay también estameñas de algodón,  
con costras de remiendos, preocupadas  
en castrar el frío,  
proteger la carne ,  
rodearla de calor hogareño.*

**Hay afeites y cosméticos que pergeñan  
la retórica de lo postizo,  
el rictus de lo apócrifo o el embuste de la máscara,  
modelando una cara con facciones de harina,  
ojerosas de mundo, con arrugas de almizcle.**

*Hay también rostros sin más ornamento  
que los colores naturales  
del miedo, la vergüenza  
o la pulcritud que se afirma  
cuando el jabón,  
y sus manos de espuma perfumada,  
convierte en sinónimos  
la verdad y la belleza.*

**Hay pequeñas camas doradas a la espera del chillido  
del bebé terrateniente que heredará  
trozos de mar, tajadas de cielo...**

*Y hay otras también construidas con ramas de pino,  
arce, roble, conjuntadas hasta hacer  
la cuna, el segundo regazo,  
del niño humilde,  
del pronombre recién nacido,  
que, sin otra propiedad que la existencia,  
vivirá los cuidados maternos  
del oxígeno.*

## V

¿El vientre de la madre de Empédocles  
fue el pesebre de un niño dios?  
¿Se agrietó un día el éter  
y algo anunció en las nubes  
el advenimiento del numen de Agrigento?  
¿El cielo alado  
dejó caer en la tierra virginal  
la anunciación?  
Alguien dijo que sí. Que lo sabía.  
Que todos lo sabían...  
Pausanias, su discípulo amado,  
su báculo floreciente,  
su diario íntimo,  
su feligrés en pie de guerra,  
dijo que sí.

Empédocles niño  
era un muchacho común y corriente  
que, en cuanto despertaba,  
corría hacia el horizonte  
a saludarse de manos con el sol  
y a intercambiar miradas  
con el rocío parpadeante.  
Se sentía el sículo más feliz de la isla  
cuando sus vísceras recibían  
el brochazo blanco  
de la leche de cabra.  
Cuando daba con los vocablos precisos  
para hablar con los perros callejeros,  
los escarabajos distraídos,  
las mariposas a punto de marchitarse  
o los potros de la caballeriza familiar  
de torbellinos amaestrados.

A esa edad, en que se limitaba

**a escalar con los ojos el cráter del Etna,  
no le había pasado por la mente  
organizar un taller artesanal  
para forjar milagros,  
ponerles zancadillas a las leyes naturales  
o crear un incendio con el chispazo  
de su tronar de dedos.**

**Era un niño común  
que dejaba al cielo en su lugar  
y no le escudriñaba los pies de barro  
a las palabras mayores.  
Hablaban con la gente,  
sabía de su penuria,  
su ingenuidad de agua de cántaro,  
sus manos , más vacías  
que el cofre de tesoro recién saqueado.**

**Le avergonzaban las posesiones de su parentela:  
la esplendente galería de viandas y manjares  
que se alargaba por piezas y más piezas  
de su mansión  
como un cuerno tocado por la abundancia,  
o la bodega que tenía embotellado  
el desbordante júbilo  
de las vendimias,  
la libertad por horas de un cerebro  
que se hace de unas alas  
que cruzan por los cielos del delirio,  
y la cruda realidad de la caída  
en el despertar del día siguiente.**

**Las magnificencias  
de su patrimonio  
las veía como grilletes,  
cárceles,  
pesadísimos harapos.  
Hizo de la desnudez la primera palabra  
de su credo.  
Desenterró su corazón.**

**La libertad le sirvió de trinchera.  
Limpió sus manos del polvo  
de su heredad.  
Sacrificó su fortuna.  
La echó por la ventana y la dejó a la intemperie,  
al alcance de todos.  
No se quedó con nada,  
salvo con su pelliza,  
su bolsa de viaje –con un poco de tierra de Agrigento-  
su báculo –floreciente de posibles derroteros-  
y su curvo deambular por el planeta.**

## VI

Cómo quería a sus compatriotas,  
a esos isleños con las pestañas llenas de mar  
y las sienas de viento.  
Cómo amaba a los siracusanos que,  
tras de romperse el alma en el trabajo,  
pugnaban por reponerla al descansar  
en su propia fatiga,  
o a los nativos de Agrigento  
que conservaban los ojos de inocencia con que nacieron  
hasta la tumba...

Pero también se sentía llamado a luchar,  
a brazo partido,  
a entereza de ánimo,  
a puñadas de corazón,  
por la felicidad de todos los griegos.

Recorrió su terruño  
por todos los rincones: hincó su báculo  
donde la arrogancia salada  
que golpea sus fronteras  
no tiene voz ni voto.  
Atravesó multitud de costas,  
y sintió todo el mar en sus mejillas.

...

A toda vela,  
en un trozo de tierra itinerante,  
enfiló la proa a lo desconocido;  
desembarcó en Italia.  
Presintió que aquí en la Magna Grecia  
incubarían su capullo nuevas tribus.  
Se embelesó al oír  
que multitud de pájaros

**canturreaban en griego.**

**Se trasladó a Crotona,  
supo de Pitágoras, conoció a Filolao.  
El hormiguero de números se le subió a las sienas.  
La escuela pitagórica  
le habló de lo plural  
y, en advirtiendo su entusiasmo,  
lo presentó formalmente con el infinito.  
Le mostró cómo la línea,  
vista con ojos de aumento,  
se disgrega en infinidad de puntos  
que se pisan para siempre los talones.**

**No es de olvidarse  
que Pitágoras de Samos,  
abuelo de la geometría,  
anterior a Eudoxo y a Euclides,  
le fue infiel al tiempo  
al tener amores inmortales con el espacio.  
Su teorema fue un chispazo de luz  
en una caverna que se creía  
la galería de oscuridades más grande de la historia.**

**También los pitagóricos  
le hicieron asomarse a los abismos  
de nuestra ignorancia  
y le mostraron que, siendo igual  
quedarse en blanco o verlo todo negro,  
hay que refugiarse en la materia gris que permite a los ojos  
orientarse en la noche.**

**Siguiendo a Filolao,  
Empédocles no desconoció  
la apoteosis del *cuatro* ( *el tetraktis* )  
-el divino corral en que se encierran  
las estaciones, los elementos o *raíces*,  
los puntos cardinales...  
Recorrió con las manos  
y pulsó con el alma**

las nueve cuerdas de la lira,  
incorporando a su partitura  
la música “de números celestes”  
que producen los astros,  
de exclusivo disfrute de los dioses  
-con tímpanos elevados a la infinita potencia-  
o de quienes, como él,  
gozan de un oído capaz de escuchar  
el resoplar de una hormiga  
o el suspiro de una abeja.

Llega al Peloponeso,  
lee en la Asamblea de Olimpia  
sus *Purificaciones*,  
y no puede ocultar,  
en su efusiva oratoria,  
las frases enmieladas  
que vuelan, imitando a las abejas,  
a la pasiva flor de los oídos.

Accede al fin a la tierra de Pericles,  
Anaxágoras, Sófocles, Policleto.  
A la Atenas  
que se halla contando  
las talegas doradas  
de su siglo.

## VII

**Patriarca del bien decir,  
se subía a la tribuna de la elocuencia  
para tutearse con el firmamento  
y tener en el paladar  
vocablos con sabor a infinito.  
Ahí, desde el circo de sus intenciones,  
soltaba insinuantes perdices, contundentes tortugas,  
dragones incendiarios, luciérnagas de adorno  
y, después de chacales y buitres y coyotes,  
aves del paraíso que, pavoneándose de gloria,  
distribuían cielo desmenuzado entre la gente.  
Afilaba sus ideas en las rocas.  
Sus palabras escondían,  
en los intersticios,  
la saliva sagrada.  
Dueño y señor de frases tan aéreas  
que sentían las alas como lastre,  
fue el iniciador,  
el padre o el partero  
—ese gestor de padres y de madres—  
de la oratoria helénica.**

**Ya en Agrigento tenía un criadero de palabras  
y un invernadero de adjetivos.  
Había descubierto que la buena dicción,  
sin las sílabas pegajosas del tartamudeo,  
era su propia paloma mensajera.  
Tenía, quién lo duda, problemas con la retórica  
y su andarse por las ramas  
inventando frutos desabridos  
sin la menor inspiración edulcorada.  
Rechazaba los epítetos que cuelgan en los sujetos  
el inútil armatoste  
del predicado redundante,  
y veía con desprecio la identidad menesterosa**

con que la obviedad hace acto de presencia.

Prohibía en la oratoria el retruécano  
que habla no sólo de los delirios de la lengua  
sino de las lenguas del delirio.

Pero le gustaba la anáfora.

Le gustaba.

Le gustaba porque era el barandal  
de donde se tomaban sus manos  
cuando temblaba su cuerpo emocionado  
por los malabarismos de su lengua.

Y no se diga las metáforas  
que daban con los gránulos de oro  
en los puntos más oscuros de las luciérnagas dormidas  
o con la mirada concentrada y pura  
en el lento parpadeo de las ostras.

Sus discípulos sicilianos Corax, Tisias  
y, desde luego, Gorgias de Leontini  
heredaron su oratoria,  
los rugidos de su sueño,  
la astucia de sus énfasis,  
la maestría con que hacía del silencio  
alud de expectativas,  
los ademanes persuasivos del que,  
cada vez que se dirigía a su auditorio, pareciera rendir  
un informe puntual de los secretos  
de ultratumba.

**VIII**

**Antes del siciliano,  
los pensadores de la península jónica  
-de la Hélade amurallada en Medio Oriente-  
o de las islas con que Grecia, despedazada,  
salpicaba el mar Egeo,  
se preguntaban por el origen, la matriz  
de todo lo existente,  
por el primer lote minúsculo habitado por el ser,  
por los ladrillos inconmensurables  
de los astros y el reguero de minucias,  
y por todo lo que, ante el revoloteo  
de la mirada iridiscente y sus alas de mariposa,  
se esconde detrás de la apariencia,  
allá en los andurriales de lo verdadero.**

## IX

Los filósofos griegos, cazadores  
 de nacimiento, diéronse al safari  
 de la materia prima que nos constituye;  
 no de las letras  
 de nuestro nombre y apellido,  
 o de los gestos y ademanes  
 con los que toma la palabra  
 nuestra diferencia con los demás,  
 sino de las *raíces o semillas o corpúsculos*  
 en los que se encarama la identidad  
 de lo infinitamente único y variado.

Y cada quien, a punta de martillo,  
 o de pesada furia de saber,  
 deslizó sus respuestas:

“el *agua* es tal principio” –dijo el uno.  
 “Acta de nacimiento  
 de todo lo que existe es la placenta”  
 -reafirmó.

“¿El agua? ¿Por qué el agua?” –preguntó  
 otro de aquellos sabios. “Más bien  
 el *aire* es la semilla susurrante  
 que arrea a toda cosa hacia el destino  
 de ser lo que ha de ser”  
 -sentenció con firmeza.

No es el agua ni el aire  
 -un tercero arguyó. “El soporte de todo  
 es el *fuego* eternamente vivo,  
 la moneda flamígera que sirve  
 para los intercambios  
 de una cosa por otra,  
 muriendo y renaciendo a semejanza

**del prodigio que realiza, volando,  
el ave fénix”.**

**Mientras los pensadores, temerarios,  
con lo oculto jugando a las vencidas,  
multiplicaban ojos por deseo,  
y soltaban sus manos a la búsqueda  
de los más reticentes escondrijos,  
la verdad, reclusa en sus enigmas,  
pasándole revista a su vestuario  
de interminables velos, le arrojaba  
puñados y puñados de negrura  
a la eterna ceguera de los hombres.**

## II. EN BUSCA DE LOS ORÍGENES

### A. *LAS CUATRO RAÍCES.*

#### I

Para hacerse regalo  
de perlas instantáneas  
al calor pordiosero de la costa,  
el mar busca el mejor  
papel para envoltorio: lo gratuito.  
Y si el paisaje dice:  
“Miradme, soy Sicilia”,  
se trata de una tierra  
anclada a medio mar,  
un episodio entre capítulos  
y capítulos de agua a la deriva.

El agua, vuelta lago, desaprueba  
la forma con que el mar, saladamente,  
se olvida de la sed.

El sediento  
no tarda en descubrir que el agua dulce  
es un poco de mar arrepentido.

Sin ser agua con alas, subterfugio  
con el que se evapora el espejismo,  
se vuelve, con el charco, abreviatura,  
apócope de lago,  
para que chapotee  
la pequeñez más franca solamente.

Cuando en la hoja del árbol se asolea  
la gota de rocío,  
y sólo se halla a un agua tan minúscula

de triunfar la sequía,  
la humedad es tan pobre  
que –en tanto el sol, aun niño, se distrae  
jugando, en la alborada,  
con sus juguetes tibios-  
inunda solamente,  
con su anémico aljófara,  
el aquí y el ahora en que florece.

Agua, por encontrarte  
en el mar, la laguna,  
el charco y la gota de rocío,  
alguien, allá en Mileto,  
quiso anclar en tu magia todo el cosmos.  
Pensó que caminar era escurrirse.  
Que llorar era muestra inconfundible  
-lejanos descendientes  
como somos del mar-  
de nuestra herencia acuática,  
como lo testifican  
esos genes salados de la sangre,  
el sudor y las lágrimas.  
Sintió que junto al mar, era su angustia  
la caña y el anzuelo que le hacían  
pescar el estar hecho un mar de lágrimas.  
Y si advenía la paz, era resaca,  
sentimiento en reversa,  
silencios de sirenas bondadosas.

Después sintió en el agua  
manías de absoluto, complejos de infinito  
y don de ubicuidad. Se imaginaba  
que el espacio y el tiempo estaban hechos  
de material acuático.  
Las cosas se movían en el mundo  
(y también en sí mismas) como peces  
en el agua.

Lo líquido, lo húmedo  
era la voz cantante en el concierto  
de los objetos todos.

*Tales, el milesio,*  
en verdad inventó el agua bendita.  
Y celebró su hallazgo con las manos  
llenas de un agua pura que llamaba  
a gritos a los pájaros sedientos.

## II

**“Tal vez todo lo existente  
se halle formado de aire”,  
*Anaxímenes* decía.**

**Tal vez los cuerpos se estructuren  
con ráfagas de células.**

**Puede ser.**

**Pero tal aire  
en el fondo no es más que agua,  
liquidez que se idealiza,  
cernida hasta lo invisible  
para hallar un elemento  
que se adapte a la infinita  
variedad de las cosas protegidas  
por los adobes custodios  
de sus propias diferencias.**

...

**Hubo también quien soñara  
que en el fondo de la vida y de la muerte  
se halla el aire:  
el que forma la primera  
bocanada que se tiene  
o el que irrumpe  
en el último suspiro.**

**El aire es en veces vida:  
lo muestra el recién nacido  
cuando llega al pedazuelo de atmósfera que le toca  
y se pone a paladear y paladear  
el inédito sabor de la existencia...**

**El aire es en veces muerte:  
lo demuestra el corazón  
que, teniendo enfermo el tiempo,**

**carga, entre muchos latidos,  
uno final que jadea,  
desahuciado, tembloroso,  
crucificado en la asfixia.**

## III

**Aunque los fósforos,  
hablando en voz baja,  
murmuren sus brillos,  
aunque simulen tan sólo cocuyos  
llenos de iracundia,  
encarnan embriones de todo un incendio.  
No es cierto que al cerillo  
le guste quedarse solo,  
solo y su humo,  
más bien, con ínfulas de grandeza,  
y ánimo de fuego invasor  
que va seduciendo  
lo que encuentra a su paso,  
forja la epidemia  
que en ocasiones se esparce  
devorando todo:  
la paja, el papel,  
la choza y las aldeas  
que, siendo inflamables, lo reciben  
los brazos abiertos.**

**¿Qué inicia el incendio?  
¿Megalomanía que invade a la llama?  
¿Nació del frotarse las manos dos leños  
que estaban buscando  
escapar del frío?  
¿El bosque incendiado no supo trazarse  
una imprescindible línea fronteriza  
entre él y el crepúsculo?**

*Heráclito de Éfeso pensó que el camino  
-con prisas de polvo, desganos de piedra-  
era otro viandante, lo mismo que el río  
donde se halla el tiempo sin cesar bañándose,*

quitándose todas las manchas que deja  
lo eterno en su cuerpo. Vio en el devenir,  
el alma de todo,  
y en su base un fuego  
hecho de la misma sustancia incorpórea  
que cargan los dioses en lugar de carne.

Las cosas se mutan,  
se incendian de cambio. Las llamas, sorpresivamente,  
asumen posturas distintas:  
el vapor, contéplelo,  
es una humareda que brota del agua ,  
o el hielo nos quema cuando lo tocamos...  
El mundo aparente  
-que habla el mismo idioma  
de nuestras pupilas-  
es, en lo invisible,  
universo en llamas, fuego que consume  
constancias, firmezas,  
densidad fingida  
del mármol, ideas  
fijas, certidumbres  
de algo inalterable.

Intuyó también  
que cuando la llama dialéctica roza  
lo que finge ser  
reposo, no siéndolo,  
lo mismo crepita,  
ruge dulcemente y se consume  
en la noche oscura de su íntima esencia.

## IV

**La tierra mojada,  
que le dice lo que es  
a toda simiente  
(si rosal o hierba,  
césped o viñedo),  
hace que los tallos, germinando, salgan  
a buscar sus flores o subirse al éxtasis  
de sus propios frutos;  
se orgulla en el trigo,  
habla de promesas  
y encarna en sus gránulos,  
migajas de la profecía.**

**La tierra, que asume la forma de abismo,  
y siente en su entraña sumergirse un fondo  
que a sus pies se pierde...  
deja a sus orillas respirando el vértigo,  
la flor angustiada que crece  
cabe el precipicio...**

**Después de advertir que la tierra  
se halla en todas partes,  
lo mismo en el grano de polvo  
que carga la mies de un milímetro,  
que en los continentes  
-prehistóricas bestias  
que están chapoteando en los mares-  
y que hasta este cuerpo que somos  
es el polvo nuestro de todos los días,  
algunos filósofos (griegos y orientales)  
vieron en la tierra  
la mano invisible que carga  
todo lo que existe,  
la materia prima preñada  
por su propio aliento de fuerza creativa,**

la matriz de todo: cosas, vegetales,  
bestias y el ser ése  
triste, legañoso, frágil, desdentado  
de niño, de viejo...

Se dijeron: todo lo que existe  
se haya hecho de tierra.  
Ni el agua, ni el aire, ni el fuego  
pueden competir con este principio  
que es el material, adobe y esencia  
de todo lo habido...  
Para ellos el éter también es de tierra,  
de polvo finísimo, aéreo,  
que se junta a veces y forma  
el sol y la luna,  
todas las estrellas  
y hasta el infinito,  
ese mar proceloso en que las playas,  
que no saben nadar,  
se hallan perpetuamente naufragando.

Para estos filósofos  
la tierra y el tiempo, conjuntados, hacen  
el reloj de arena, Saturno a la mano,  
que a veces devora y a veces vomita  
sus hijos de limo.  
Nada hay en el mundo  
que no halle en el polvo  
su origen, su muerte:  
la arcilla sembrada con lirios de oxígeno,  
o la sepultura  
donde el epitafio y el olvido tienen  
un combate a vida  
o una lucha a muerte.

## V

**Empédocles no sólo amó la poesía  
y cargó en sus entrañas  
la inspiración  
-uno más de sus órganos internos-  
que le mostraba  
cómo diseñar un geranio,  
buscar el elenco de un crepúsculo,  
espolvorear luz  
en una mirada indiferente;  
también amó la música:  
los pitagóricos habíanle enseñado  
a tañer la cítara,  
a decirse en el arpa,  
a tener en la lira  
un nido de amaestrados jilgueros,  
gorriones y tristezas  
con las alas rotas.  
Y a tocar la flauta, que sabe  
embarnecer suspiros,  
leer la partitura que espumea en el agua,  
y adivinar la música del cisne  
desde su mismo huevo.**

## VI

Frente a la pobre flauta que alguien  
dejó en el césped –y que un alpiste  
de aire podría resucitarla-,  
nuestro filósofo miró en el barro  
cómo se asocian los elementos:  
tierra más agua nos dice lodo,  
tierra mojada  
que, con el fuego, tórnase arcilla  
cantante, fábrica de suspiros,  
tubo de ensayo  
donde, en la química  
del sentimiento, hácese música  
lo que antes era  
ruido inorgánico,  
rugir de entrañas,  
aullar de heridas.

## VII

Sabiéndolos raíces y huecos maternos  
de toda la maleza de cosas y de bestias,  
Empédocles les dio a los elementos  
el nombre de *rizómata*:

el *agua* es la raíz  
no sólo del océano  
(donde toda quietud termina ahogada);  
también del mar de lágrimas,  
sin playas de entereza,  
que brota ante la muerte y su cortejo  
de silencios mayores.

El *fuego* es la raigambre  
de no sé cuántas octavas de fulgor  
que van de la luciérnaga al incendio;  
también lo es de la cólera azul negra  
con que carga su pluma  
el poeta rebelde  
que llama a alzar el puño  
para tocar las puertas a la acción  
que transforme el mañana  
a fuerza de ademanes confundidos  
con la arcilla fecunda  
que hará con los ladrillos cerebrales  
la estatua sólida, maciza del futuro  
que nunca tornará su propio llanto  
en desmoronamiento.

El *aire* no es tan sólo la matriz  
del huracán que estalla en la arboleda  
el carnaval nervioso de lo verde:  
igual es la rizoma de la brisa que en la altura  
conforma, a toda vela, la metáfora

**del flujo y el reflujo de los mares.**

**La *tierra* es la raíz de las raíces,  
abuela del perfume que le sirve  
de atmósfera en las flores.  
Y también lo es del polvo  
que somos y al que vamos, polvareda  
que corre del albor hasta el ocaso  
confundiendo camino y caminante  
como el reloj de arena que termina  
enterrado en sí mismo.**

**Cuando el cirio vital chisporrotee  
sus pensamientos últimos y muera,  
cuando sienta el pulmón  
que sus últimas ráfagas de vida  
se le han atragantado,  
cuando la muerte ponga en nuestra boca  
el sabor infinito del silencio,  
y hasta la tierra abrace el polvo humano  
como la madre pródiga  
por el hijo esperado,  
habrán de desgajarse las *raíces*,  
las piedras angulares de un castillo  
ganado en realidad por sus fantasmas.**

**El de Agrigento dice:  
somos trozos del mundo,  
sucesos de razón que, vislumbrando  
el reino de animales  
desde el último piso de la torre  
donde vive a sus anchas la soberbia,  
no pueden ocultar los reiterados  
aullidos del instinto.**

**Somos esas criaturas  
que nacen agarradas a dos manos,  
desesperadamente,  
de la palabra ser, tras el proceso**

con que el azar, maestro de la alquimia,  
combinó las *raíces*  
e hizo que germinara la persona.

Somos, tristes, los árboles  
que surgen de la orgía  
que tuvieron una noche  
las raigambres primeras que nos hacen  
como a todas las cosas.  
Somos en fin los vástagos surgidos  
después de que en un lecho  
o cualquier escondrijo lujurioso  
un hombre, una mujer y una libido  
convirtieron en círculo vicioso  
el efímero triángulo en que andaban.

**B. AMOR Y ODIO****I**

**Cómo explicarlo todo  
–meditaba el de Agrigento-  
a partir del agua  
o del aire  
o del fuego  
o de la tierra,  
cuando en cada uno de estos elementos  
y en todo lo demás,  
se enseñorea la distinción,  
la lucha sin cuartel contra la monotonía,  
el laúd de lo singular interpretando diferentes,  
inconfundibles cantinelas.  
¿Cómo explicarlo todo?**

**Para dar, en las pesquisas de lo primigenio,  
con el fondo del ser,  
con el corazón oscuro del arcano,  
con la verdad (que gusta de ocultarse  
en la persuasiva falacia de la apariencia),  
mejor será partir de lo vario,  
lo plural,  
de un innumerable puñado de gérmenes,  
adobes,  
palabras primeras  
que, en humilde respeto de la infinita  
variedad de lo existente,  
nos devele la fisonomía,  
la idiosincrasia, el carácter  
y el ansia de identidad de cada cosa,  
y que lo hagan con la mezcla,  
el torbellino creador,**

**la bacanal de lo híbrido,  
la ubicuidad de los rompecabezas,  
la alquimia y su ubicuo taller  
no sólo de gusanos y de estrellas  
sino de nombres, apellidos  
y huellas digitales.**

## II

No sólo entre los humanos,  
el amor es el *fiat lux* de la progenie,  
y el lecho una cuadriforme invención  
de la libido,  
sino en la naturaleza toda  
(en la célula, en la catarata jadeante,  
en el coito de la estrella con su luz intermitente)  
aparece la regla de oro de la seducción,  
la entrega, el embarazo  
y el alumbramiento.  
En realidad el semen tiene don de ubicuidad  
y amores tormentosos con el tiempo.

Cuando dos amantes de verdad  
se esconden en las sábanas,  
se mete con ellos el verbo amar,  
que es un verbo en infinitivo,  
en presente de infinitud,  
un verbo que se aleja deliberadamente de las conjugaciones  
para evitar las posturas efímeras  
que hácele tomar el tiempo.

Cuando se refugian los amantes en el tálamo,  
arropados, ahí junto a los dos, el presente,  
e impiden que el aquí,  
el encenderse y apagarse del instante,  
sea empujado a la orilla del lecho  
hasta caer...

Todo se halla en presente,  
en el reverberar perpetuo del ahora.  
Pero el amor no puede  
dejar de mirar hacia adelante,  
ni encaramarse a la atalaya de su frente  
para escudriñar  
los espectros-en-busca- de-su-carne  
del futuro.

**El amor, así, ¿por qué va a prescindir  
de la nigromancia,  
de la bola de cristal encinta?  
¿Por qué se va a inhibir de arrojarse a leer,  
a arrancar el futuro nonato  
de las entrañas de un vaticinio?**

**Tampoco ha de olvidarse del pretérito,  
de observar hacia atrás,  
del añorar agridulce,  
del nudo ciego en la garganta,  
de la incandescente imagen del momento único,  
inolvidable, que vivimos  
y hoy avanza a paso redoblado  
hacia el instante  
de cubrir su presencia con el lienzo  
finísimo y sutil de lo invisible.**

**Ni menos dejaremos de lado  
ese pretérito perfecto donde hay  
un beso devorado por las larvas,  
un holocausto de huellas,  
un corazón que muere y resucita,  
la premisa espectral de lo que ocurre  
en los puntos cardinales del espejo,  
un orangután., ay, apachurrando lágrimas,  
y una lápida rumiando un epitafio.**

### III

**Amar es desatarle las amarras  
al pegaso.**

**Hombres y mujeres,  
famélicos de atmósfera,  
sintiendo que su aletear, nervioso y desplumado,  
no los conduce a conquistar la altura,  
sino el ridículo,  
envidian a los cóndores  
que saben picotear el firmamento  
y llenarse de infinito las entrañas.**

**Si el sediento está a un vaso transparente  
de hallar su manantial,  
los humanos poseen  
la estrategia del éxtasis  
para hacerse del cielo:  
citarse en un ósculo,  
poner los pies en la tierra  
y ascender con los fuegos de artificio de la excitación  
al punto de la atmósfera  
donde esboza el orgasmo  
sus efímeros fuegos de artificio.**

**Los humanos, satisfechos, se dan a gozar  
el bien conquistado:  
sentados en la rama  
del árbol al que suben,  
saborean el fruto que han construido.  
Y es entonces ahí que los embarga  
el deseo de dictar sentencia absolutoria  
para todas los animales enjaulados  
por la ley de gravedad,  
incluyendo las alas y el relincho  
que se esconden**

**muy dentro de nosotros.**

**Amar es desatarle las amarras  
al pegaso.**

## IV

**Pesimistas hay que dicen: amar  
es tocar con nudillos de algodón  
las puertas requeridas,  
desafiar un desierto  
como el beduino triste que ha probado  
el agua espiritual del espejismo,  
tatuarse una quimera  
a la izquierda del pecho.  
Hay quien dice.**

**Mas no.**

**La poesía sabe qué palabras hay que soltar  
a los oídos de la primavera  
para que pierda el tren,  
el avión,  
el ángel de las 18.30  
y se quede a cuidar que la llama del amor  
no exhale su último pájaro de fuego.**

**Amar es dar brochazos y brochazos de pintura azul  
a la atmósfera,  
ir, intrépidos, a la busca  
de ese quejido puro,  
deshollinado de palabras,  
del éxtasis,  
es descubrir un aleteo de palomas mensajeras  
en el parpadeo de los ojos  
de la que, de manera efímera o no,  
ocupa, en el afuera,  
el hueco de la amada.**

...

**Empédocles pensó que el *Amor*  
no era sólo el rayo de luz  
que penetra en los cuartos oscuros  
donde los amantes se buscan a tientas.  
No era sólo chapotear en nuestras propias lágrimas,  
encerrarse a siete llaves  
detrás de un suspiro  
o convertir a la propia persona  
en el ángel custodio  
de su herida.**

**Si nos descuidamos, díjose,  
el amor, cualquier amor, se vuelve eterno,  
establece insospechadas relaciones con un infinito  
que se la pasa devorando relojes.  
Tiene que ver con el titilar de los enigmas,  
el croar con que la rana se come los instantes,  
la aparición en la atmósfera de corrientes de lujuria  
cuando el semental entona su mugido.**

**No es únicamente algo minúsculo,  
que mide los centímetros de un abrazo  
y los milímetros de un beso,  
que puede refugiarse en una uña,  
lanzar dardos desde una pestaña  
o incendiar una boca,  
sino algo descomunal, magnificante,  
fuego artificial de los superlativos.  
Sopla por todas partes, como viento  
que recorre el absoluto.  
No existe como vacío.  
Es una de las pocas cosas que gozan  
-como los dioses o su negación-  
del don de ubicuidad,  
porque sus devaneos  
no sólo son con el tiempo de nunca acabar,  
sino con el afuera de todos los adentros...**

## V

**Empédocles pensó: el *Amor*  
 junta lo desunido,  
 amalgama lo diferente,  
 arma rompecabezas por doquier  
 y, teniendo en el deseo  
 su más preciada herramienta de trabajo,  
 sabe persuadir a las fronteras  
 de que renuncien  
 al narcisismo de lo singular.**

**Así como Eolo, persiguiendo con sus ladridos  
 a los barcos de vela,  
 acerca los continentes, y echa el mar por la borda,  
 el *Amor*, soplando sobre los cuatro elementos,  
 las *raíces*,  
 los abuelos del semen,  
 hace, con distintas mezclas,  
 el inventario de todo lo que existe:  
 los géneros, las especies y el único y su propiedad.**

**El huevo, pongo un ejemplo, es producto  
 de la siguiente receta:  
 si se revuelve un puñado de tierra  
 con un poco de agua,  
 se la mezcla durante un tiempo  
 hasta darle la forma del cuenco de las manos,  
 se la deja al sol  
 y se le sopla para enfriarla,  
 resulta un huevo...**

**El camello es lo que es  
 -infatigable cantimplora ambulante,  
 catador de espejismos y sabueso de oasis-  
 porque las *rizómata*,  
 conjuntadas por voluptuosas manos,**

**hallaron en su alquimia fantástica,  
las jorobas, las patas, las narices  
y las pestañas que se llenarán de arena...  
de ese héroe del desierto.**

## VI

Entre los jónicos,  
y especialmente en Anaxímenes,  
surgió  
la hipótesis extraña  
-que mantiene más fronteras con la fantasía  
que con la realidad-  
de que el aire,  
condensándose,  
abrazando su propia identidad,  
se transmuta en cosas,  
piedras,  
tierra,  
y que, rarificándose,  
abriéndole las puertas al espacio,  
se trueca en vapor,  
atmósfera,  
astros.

La condensación y la evaporación,  
que empujan al aire a generar  
todos los objetos  
que guarda en su inventario el infinito,  
tienen que ver, para Empédocles,  
con el *Amor* (o el *Desamor*):  
si las *rizómata* se condensan,  
se aprietan,  
se apretujan en un punto del universo,  
hacen desaparecer sus límites  
y gestan un ente  
hincado de rodillas ante su propio peso.  
Si se rarifican  
crean el cielo, las estrellas,  
el punto ciego de lo sobrenatural  
y, a imagen y semejanza de las nubes  
que amenazan tormenta,  
los fantasmas.

**VII**

**Hablar de un estallido demográfico de soñadores  
o de una carrera de relevos  
con el corazón por estafeta,  
es hablar del código genético  
de los chillidos que, desde su cuna,  
fabrican la atmósfera  
de un hogar.  
Es hablar de los requiebros,  
seducciones,  
timideces, promesas y flirteos  
de los óvulos.  
Y, claro. de las astucias del semen.**

**VIII**

**Ella abre las piernas  
para recibir  
-con jugosa bienvenida-  
a su esperada contraparte  
y esbozar en el viento  
el andrógino orgasmo momentáneo.**

**Las vuelve a juntar  
-en un abrir y cerrar de ojos de nueve meses-  
para dar salida a un niño,  
al niño que, convertido en hombre,  
buscará con pasión,  
cómo dar con la entrada de emergencia,  
en los arrabales de lo prohibido,  
de su vieja casa conocida...  
Imposible contenerse.  
Impulsan al regreso  
el hormiguero invisible de la excitación  
y el deseo supurándose en la piel.**

## IX

**Pan nuestro de todo tacto,  
sólo con el amor es posible  
poner en un poco de carne  
el deseo insatisfecho y permanente  
del oxígeno.**

**Ahí, en el *Amor*, estaba el secreto de la vida,  
el demiurgo de la carroña metafísica que somos.**

**Ahí estaba la clave de sol  
para entender el día,  
la luna y las luciérnagas.**

**Ahí, unir lo dividido,  
encerrar el afuera en el adentro,  
buscar a tientas,  
en la noche oscura de la fragmentación,  
la luna de miel  
del encontrarse.**

## X

**La *Concordia* y la *Discordia* se ven entre sí  
como el odio de su vida  
a su media naranja  
putrefacta.**

**La unidad  
es su eterno campo de lucha  
o el lugar de cita  
para su permanente duelo  
a muerte y resurrección.**

**La *Concordia* sopla...  
y el agua se pone clara  
para permitir que el cielo  
sea bebido por la nutria,  
el antílope, el hurón.  
Las estrellas se acurrucan en su mejor brillo.  
Las semillas están a un tronco de volverse flores.  
El semen, el álgebra del Amor,  
el polen de los cuerpos florecidos,  
sabe que ha dejado a sus espaldas un orgasmo.**

**El *Odio* sopla...  
y obliga a que se vengan al suelo  
parvadas de ruisñores ahogados por sus trinos.  
Hace que los cuerpos se dividan  
entre el *aquí* y el *allá*  
como el caballo muerto y las alas inservibles  
del pegaso dividido por la ausencia  
de imaginación.**

**Separa lo indiviso,  
da hachazos con el aire para escindir las cosas,  
extirpa del corazón sus latidos hasta dejarlo  
como el charco de sangre  
en que lavó sus manos**

el asesino.  
Convierte el nacimiento en el instante inicial  
de la sala de espera de la muerte  
donde el individuo será asfixiado  
por el *no* que en la boca  
se le atraganta.

¿Reconciliación? Nunca,  
*Eros* y *Eris* se pelean las cosas,  
los animales, los humanos;  
se los arrebatan,  
se dan tarascadas entre sí para hacerse de ellos.

Y hasta el *Amor* se erige en centinela,  
ángel custodio,  
perro feroz  
del más insignificante  
estallido de deseo.

## XI

El alma humana, este fuego a la mano,  
está hecha de la misma sustancia de las estrellas,  
sentenciaba Heráclito “el Oscuro”.  
El titilar de aquéllas, decía, son sollozos de luz,  
parpadeos de espíritu,  
guiños de la materia a la materia.

Empédocles creía más bien  
que el agua de Tales -una de sus *rizómata*-  
se nos transmutaba en sangre,  
en sistema de riego  
de un cuerpo que corría a florecer en el alma.  
Los humanos pensaban con el corazón, un corazón  
que alternaba latidos, marejadas de sangre  
y razonamientos.  
Y así, para no impedir la libre corriente de vivencias,  
había que combatir las ideas fijas,  
sus coágulos, la sangre ensimismada.

Para el primero, el espíritu era chispa de una estrella,  
fuego con epidermis congelada,  
o una astilla de Dios en el cosmos del cuerpo;  
para el numen de Sicilia,  
una flor dada a luz en la sangre  
que germinaba en la materia roja, que no gris,  
de nuestra víscera central.

Para el primero, podíamos pensar en lo más alto  
porque algo de él –un jeroglífico-  
cargamos en nosotros;  
para el segundo, porque lo humano aspira,  
tiene que,  
hacerse o deshacerse en lo sobrenatural  
para curar la peor de nuestras enfermedades:  
nuestros límites.